

de la profecía, que no era sino el emparedado solitario Pedro de Morón, y deshechos en lágrimas, pensando en sus austeridades y virtudes, unánimes le eligieron para la silla vacante. Cuando la comisión de Prelados y Cardenales fué a notificar la elección al nuevo Papa, vieron asomarse a la reja un anciano amojamado, pálido, erizada la barba, húmedos de llanto los ojos, hecho un espectro. Poco después aquel espectro entraba en Aquila, caballero en un asno, que otra montura no quiso; llevaban el asno de la rienda, a un lado el rey de Sicilia, a otro el de Hungría.

A aquel viejo le pesó la tiara en la venerable cabeza. Gobernó con rigidez y rectitud, pero agobiado de temores, espantándole las responsabilidades de su cargo. Decíase continuamente a sí propio lo que Jacopone le advertía en verso:

*Che farai, Pier da Morrone?*

¿Qué harás, Pedro de Morón? A prueba estás ahora; veremos de qué te sirvieron las contemplaciones de tu retiro. Si burlas las esperanzas del mundo, será anatema. Cual la flecha mira al blanco, así se vuelve hacia ti el mundo entero: si no mantienes recta la balanza, a Dios apelarán tus juicios. Gran pena me dió de ti cuando pronunciaron tus labios la palabra *acepto*, palabra que puso a tu cuello yugo tan pesado, que acaso sea ocasión de condenarte. Desconfía de los beneficiados, siempre hambrientos de prebendas: tal es su sed, que no hay beber que la aplaque. Guárdate de los concusionarios, que te harán ver lo blanco negro. Si no sabes defenderte, mal año para ti.

Andaba a la sazón dividida la Orden de Menores en los dos bandos de *zelantes* o *espirituales*, que pretendían mantener en toda su estrechez y rigor la

observancia de la pobreza franciscana, y de *convencionales*, que pedían regla más mitigada y conforme a la humana debilidad. En algunos puntos—la Marca por ejemplo—habían sido tratados los primeros por los últimos como rebeldes y facciosos, y castigados con encierro; mas al subir al Pontificado Pedro de Morón, acudieron a él en queja, y el austero asceta protegió y autorizó para apartarse de los convencionales y vivir como deseaban, observando los últimos ápices de la regla. Poco les duró la alegría, porque muy en breve Pedro Celestino, atemorizado, ansioso de paz, bajó voluntariamente de la Silla, y entró a ocupar el cardenal Benito Cayetano, electo Papa con nombre de Bonifacio VIII. Sabía Bonifacio que los zelantes no simpatizaban con él, y recordaban y amaban mucho a Pedro Celestino, por lo cual ordenó su disolución y reincorporación en las comunidades de conventuales, removiendo al ministro general Gaufrédo, jefe del zelantismo. El descontento y dolor de los perseguidos comenzó entonces a revelarse en la acogida que hicieron a los siniestros rumores que acerca de Bonifacio VIII circulaban. Era Bonifacio hombre de altas prendas de inteligencia y carácter, gran canonista y jurisconsulto, puro en sus costumbres; pero acusábanle de intrigante y ambicioso; decíase que había arrancado violentamente la abdicación de Pedro Celestino; negábase, por consecuencia, la legitimidad de su sucesor, y la indignación creció al saberse que el santo Pedro de Morón había expirado prisionero en un castillo de Campania, en malsano calabozo, declarando los carceleros que a la hora de su muerte vieron una cruz de oro suspendida en el aire. Celestino pasó plaza de mártir, Bonifacio de verdugo (36). Acaeció que, cierto día, el Papa llamó a Jacopone de Todi para que le interpretase una visión: en sueños se le había aparecido una campana sin badajo, cuya circunferencia

abarcaba el mundo todo. Jacopone, que en cuerpo y alma pertenecía a lo que podemos llamar partido radical, explicó el sueño así:—"Sepa Vuestra Santidad que el tamaño de la campana significa el poder pontificio, que se extiende al universo. ¡Cuenta con que el badajo que le falta no sea el buen ejemplo que estáis obligado a darle!"

Entre tanto, la hostilidad contra Bonifacio—instigada por los manejos de Felipe el Hermoso—crecía en Italia, y Jacopone vino al fin a tomar parte en ella con el brazo y con la voz, con sátiras y con hechos. Dos Colonnas, dos cardenales adversos al Papa, protestaron pública y solemnemente de su elección, y le citaron por usurpador ante el próximo Concilio Ecuménico; Jacopone firmó el acta en calidad de testigo. Al mismo tiempo su musa satírica,—la que con tan vivos tonos pintaba los pecados y vicios sociales, las mujeres perdiendo el alma por galas fútiles, los prelados reposando en cómodas sillas, las monjas y los religiosos arrojando a palos del claustro a la mendiga Pobreza,—se desbordó en aquellos versos célebres:

*Oh papa Bonifazio,  
molto hai jocato al mondo...*

¡Oh papa Bonifacio, cuánto has jugado el juego mundanal! Me temo que al cabo habrás de salir perdidoso. Así como la salamandra vive en el fuego, tú hallas en el escándalo gusto y deleite. Tu lengua se desata contra toda regla religiosa, y blasfemas, despreciando toda ley. Ni monarca ni emperador se acercan a ti sin recibir cruel herida. ¡Oh avaricia criminal! ¡Sed prodigiosa, capaz de beber tanto oro sin saciarse!

Dos alusiones que en esta sátira se encuentran a la violencia de Anagni y a la muerte de Bonifacio VIII, dan a entender que habiendo sido compues-

ta estando Bonifacio en el apogeo de su poder, antes de la excomunión y prisión de Jacopone, hay en ella incisos de mano extraña, y no todas sus invectivas pueden imputarse al poeta de Todí. Sea como quiera, es lo cierto que el autor de la sátira hubo de refugiarse en Palestrina, villa donde se hicieron fuertes los Colonnas sediciosos: Bonifacio la tomó, hízola arrasar y edificar de nuevo, y Jacopone fué encerrado en lóbrega mazmorra, donde, aunque cargado de cadenas, bebiendo el agua corrompida de una cloaca, temblando de fiebre, sólo la excomunión logró abarritarle. Poseído ya del convencimiento de que la elección de Bonifacio era perfectamente legal y canónica; sabedor de que los dos cardenales cismáticos se habían arrojado a los pies del Papa, vestidos de negro, la sogá al cuello, exclamando:—"¡Padre, pequé contra el cielo y contra ti; no merezco llamarme hijo tuyo; por nuestros crímenes nos afliges!"—herido por el rayo espiritual, Jacopone dobló la frente:—"Absuélveme, suplicaba a Bonifacio, y tenme en prisión y castigado hasta la hora de mi muerte." Para colmo de dolor, llega el año 1300; anúnciase el Jubileo universal; ve Jacopone pasar olas de gente que acude a Roma a ganarlo, y no puede unirse a ellas. Entonces canta su arrepentimiento.

*Il pastor, per mio peccato,  
posto m'ha fuor dell' ovilo.*

Por mi culpa me echó el pastor del redil, y mis balidos no logran abrirme la puerta. ¡Oh pastor! ¿Cómo no te despierta mi gemido? Largo tiempo llamé y no me escucharon.

Soy el siervo del centurión, indigno de que entres en mi pobre morada. Basta que por escrito me absuelvas. Una palabra tuya me sacará del muladar.

Mucho ha que yazgo bajo el pórtico de Salomón, al

borde de la Piscina. Gran movimiento se produjo en las aguas estos días de perdón. El tiempo corre, y aún espero me digas que me levante, tome mi lecho y me vuelva a mi hogar.

Yacía muerta la doncella en casa del jefe de la Sinagoga. De peor condición es mi alma: tanto le pesa el yugo de la muerte. Ruégote me tiendas la mano y me restituyas a San Francisco para que con mis hermanos me siente a la mesa.

Sentenciado al infierno, toco ya a sus umbrales. La Orden que fué mi madre viste de luto, y con ella su séquito. Ella quiere que tu voz poderosa me diga:—Levántate, viejo.—Entonces trocaránse las lágrimas derramadas en cántico de gozo.

El implorado perdón no vino. Un día el Papa cruzó ante la prisión de Jacopone, y hablando al través de la reja, "Jacobó—le dijo—¿cuándo saldrás de la cárcel?" "Padre Santo, cuando tú entres"—contestó el zelante. Tres años después del Jubileo, Guillermo de Nogaret, emisario del perpetuo enemigo de Bonifacio, el Rey de Francia, llega secretamente a Anagni, y, con ayuda de Sciarra Colonna, amotina al pueblo, allana el palacio pontificio y atropella y encarcela al Papa, que muere a poco abrumado, en su avanzadísima edad, por tratamientos que siempre serán crueles, aunque descontemos el famoso bofetón, negado por graves historiadores. El sucesor de Bonifacio VIII, San Benito XI, absolvió de las censuras a los cismáticos, y el poeta, dejando su calabozo, fué a morir en paz al convento de Collazone. Embelleció los tres últimos años de su vida terrestre la amistad de fray Juan de Albornia, a quien, agonizante, quiso estrechar en sus brazos. Jacopone pasó de este mundo la noche de Navidad, cantando cánticos. El pueblo, que le amaba, le veneró en los altares (37).

Sobre tantas y tan varias aptitudes; sobre el satírico y el moralista; sobre cuanto fué Jacopone, descuella el poeta místico. Lo es por el mismo desdén de la forma y por la impetuosidad y ardor del sentimiento. Está en Jacopone la grosería popular al exterior, cual el burdo y remendado hábito en los frailes de Ribera. Y así como el rostro, ojos y expresión de éstos respiran idealidad, lo interno de la poesía de Jacopone es ansia insaciable y sublime, incendios amorosos tan vivos, que todo le clarifican y vuelven oro puro. Este propio encendimiento roba a la mística la serenidad y sosiego, la conciencia reflexiva que pide el arte. Si cabe una comparación profana, pero expresiva, recordaremos a Apeles, que, retratando a la hermosa concubina de Alejandro, guió diestramente el pincel mientras sólo admiraba su hermosura sin llegar a desearla; mas tan pronto como se hubo inflamado de amor por ella, la mano agitada no supo terminar la obra. El alma que apetece la divina hermosura, anda como arrebatada y fuera de sí, y aun con la posesión no puede satisfacerse, porque no es dada en la tierra; y así vive inquieta y sedienta de unirse al objeto de sus ansias, que con su grandeza la confunde, con su regalo la embriaga, con su belleza la suspende y con su majestad la abisma. Por eso falta en la poesía mística la armoniosa perfección del arte clásico; y siendo cierto que nadie como el habitante del claustro reúne aquellas condiciones exigidas por Hegel (38) al poeta, de vivir exento de toda preocupación práctica, de contemplar el mundo con mirada serena y libre y de ver como centro de las existencias—por cima de la diversidad de intereses humanos—al Sér único ante el cual todo parece mezquino y pasajero, y la pasión y el deseo se extinguen,—en cambio, contemplación tan exaltada a la poesía más intensidad que perfección.

Puédese contar entre los poetas franciscanos a

fray Hugo de Panciera, cuyas poesías se incluyeron en algún manuscrito de las de Jacopone, y a fray Salimbene, autor de un libro de versos festivos. No conociendo las obras del uno ni del otro, ignoramos hasta qué punto se enlazan a la escuela que nace con San Francisco. Un poeta anónimo hay, que no es menos poeta por haber escrito en prosa; a saber, el autor de las deliciosas e ingenuas narraciones llamadas *Floreillas de San Francisco* (39). Junta este libro popular gracia y movimiento dramático a unción y suavidad penetrantísimas que encantan hasta al que las lee sin propósito piadoso. Es una serie de tablas del beato Angélico, un misal cubierto de viñetas iluminadas y de arabescos místicos; pero circula al través de su estilo agiográfico el soplo humano que distingue las obras inspiradas por el penitente de Umbría; la naturaleza sonríe en sus páginas con San Francisco predicando a las aves, ungiendo de aceite la piedra, pactando con el lobo; el corazón se alegra también con las donosas sencilleces de Junípero y los fraternales extremos de Santa Clara. Otro poeta digno de mención, y desconocido hasta que mano piadosa (40) lo desenterró entre el polvo de la biblioteca Marciana, es Giacomino de Verona, el indudable predecesor de Dante. Sus ignorados poemas contienen no pocos rasgos fundamentales de la *Divina Comedia*, y prueban una vez más que el genio no nace por generación espontánea, sino retoñando de antiguas raíces (41). Claramente se sabe hoy de cuántos y distintos manantiales y arroyuelos se formó aquel caudaloso río de la epopeya dantesca, y el fraile veronés no es de los que menos ayudaron a engrosarla. A la verdad, no declara Dante haber bebido en fuentes franciscanas, mientras cita continuamente a los clásicos antiguos y se confiesa deudor de los trovadores: circunstancia que puede achacarse a la impersonalidad de la poesía

claustral, a su carácter no literario, sino devoto, a la falta de pretensiones artísticas y científicas de sus cultivadores. El tesoro poético de los frailes, como el del pueblo, estaba abierto a todo el mundo, sin ser patrimonio de nadie. No porque Dante tomase de él a manos llenas, se le ha de inscribir en el catálogo de los poetas exclusivamente franciscanos. Así como reúne Dante toda la ciencia enciclopédica de su siglo, armoniza las dos direcciones que dominan en él: la científico-dogmática y la místico-poética; Aristóteles y Platón, los Predicadores y los Menores, Santo Tomás y San Buenaventura. Por eso es el sumo cantor de la Edad Media.

Decir hasta dónde llegaron los efectos del espíritu franciscano en la literatura mística; señalar la dirección de aquella aura amorosa en que se propagó, como en el aire el sonido, la antigua voz platónica concertada con la cristiana; descubrir sus indudables huellas en la *Imitación de Cristo*, en los teósofos alemanes, en los incomparables místicos españoles, fuera empresa que pediría largas investigaciones y un grueso volumen. Limitándonos a nuestra patria, baste recordar cómo se trasluce la filiación franciscana en las obras del iluminado doctor y mártir Raimundo Lulio (42), y cómo más tarde la advertimos en el *Cancionero* de fray Ambrosio Montesinos (43), que aun cuando no es poeta místico, sino sagrado y moral, parece a veces espejo donde se refleja—en más elegante y atildada forma—la sátira franca y el ejemplarismo humorista de Jacopone; porque a imitación de él del siglo XIII, el predicador poeta del XVI no recela describir a los eclesiásticos, que cargados de transitorios oficios, vanse

desde la flor deste mundo  
al infierno más profundo  
como plomo;

y a los preladados, vestidos de seda y grana, olvidándose de la Cruz y de que

no tienen guantes ni anillos  
las manos que nos formaron  
mas clavos, que con martillo,  
que es lástima de decillo,  
en tí, árbol, se enclavaron;

y a las monjas,

lisonjeras  
de intrincados apetitos;

ni avisar a los reyes que las holandas, los vanos placeres, los regalos y sensualidades de su vida, son aderezar su carne y manirla para que más gustosos la coman los gusanos del sepulcro, naturales herederos de su cuerpo. Y apelando, como también apelaba el cantor de Todi, a la medicina de la burla, pinta a

las doncellas ventaneras,  
trotahuertos y negocios,

huyendo del encerramiento y de la cuerda esquivada,  
y parando en perdición segura; a las viudas, llenas de arrebol y afeite, cuyos carrillos

parecen perros asados,  
bermejuelos y amarillos;

y a las damas cortesanas, enredadas en liviandades,  
de quienes con frase enérgica asegura que

no tienen las honras sanas  
y tienen las almas muertas;

y por último, siguiendo paso a paso la musa austera y ardiente de su modelo, llama a la riqueza mar de peligros, minero de males, y exclama casi con las mismas frases de Jacopone:

La pobreza voluntaria,  
desnuda de toda renta,  
es victoria tan plenaria  
que de la carne contraria  
al fraile Menor exenta.  
Rey lo hace y heredero  
del cielo, que no de cobre,  
y seguidor verdadero  
de la vida y alto fuero  
del Dios pobre.

Ni es el predicador de los Reyes Católicos el único ejemplo del influjo de Jacopone en nuestra literatura devota, ascética y mística: la idea trascendental y profunda del celebrado soneto castellano, generalmente atribuido a San Francisco Javier, "No me mueve, mi Dios, para quererte", está tomada de un pareado de Jacopone:

*Dell'inferno non temere,  
nè del cielo speme avere;*

así como en la conocida letrilla de la doctora de Avila,

Vivo sin vivir en mí,  
y tan alta vida espero,  
que muero porque no muero,

no hay sino el tema, no menos famoso, de un sermón de San Francisco, que la poesía alambicó:

*Tanto è il bene che io aspetto  
che ogni pena m'è diletto.*

Pocos hombres habrán tenido mayor irradiación poética que San Francisco. ¿Qué mucho, si el espíritu del trovador milagroso y la poesía se reducen a una palabra melodiosa y dulce, bella en la lengua humana como en la seráfica: *amor?*

## NOTAS

(1) Aristóteles, *Poética* (versión francesa de J. Barthélemy Saint-Hilaire). El traductor combate esta opinión del autor en el *Prefacio*, esforzándose en demostrar y probar la superioridad de la Historia sobre la Poesía.—Añade Aristóteles al paisaje citado: “Lo universal, generalmente hablando, es el conjunto de palabras y acciones que a determinado personaje convienen, verosímil o necesariamente, y éste es el fin a que se ordena la poesía.”

(2) Max Müller, *Science du langage*.

(3) Schlégel, *Histoire de la littérature ancienne et moderne: Traduction française*.—Menzel, *Geschichte der Deutschen Dichtung*.—Darmesteter, *Langue et littérature française au moyen âge*.

(4) V. Menéndez y Pelayo, *Historia de los Heterodoxos españoles*, t. I. Después de enumerar los muchos personajes que fueron tenidos por autores del libro *De tribus impostoribus*, entre los cuales suenan dos o tres españoles, demuestra el Sr. Menéndez y Pelayo no haberse podido encontrar jamás ejemplar alguno de tal obra, hasta que en el siglo XVIII, y excitada la codicia de libreros y eruditos, comenzaron a correr los que hoy se conocen y son apócrifos y forjados para la venta. “En resumen—añade:—el *De tribus impostoribus*, como obra de la Edad Media, es un mito.”

(5) He aquí cómo pinta su muerte un poeta de nuestros días:

.....  
 ¡ El era, él mismo;  
 él era, Conradino! Nunca tuvo  
 más gallardo doncel gentil doncella,  
 ni mejor paladín causa más noble.  
 Entonces, del patíbulo las gradas  
 subió tranquilo el novio de la muerte.  
 Sonreía feliz...

.....  
 VÍCTOR BALAGUER, *El Guante del Degollado*.

(6) Raümer, *Geschichte der Hohenstaufen*.

(7) Giosué \*Carducci, *Odi barbare*.

(8) El P. Ireneo Affó.

(9) El Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, *Discurso de recepción en la Academia Española*. Estas son sus palabras: "La inspiración mística, ya adulta y capaz de informar un arte, centelleaba y resplandecía en los áureos tercetos del *Paradiso*, sobre todo en la visión de la divina esencia que llena el canto XXVIII, y llegaba a purificar e idealizar los amores profanos en algunas canciones del mismo Dante, y corría por el mundo de gente en gente, llevada por los mendicantes franciscanos, desde el Santo fundador, que si no es seguro que hiciese versos (*sea o no suyo el himno de Frate Sole*), fué a lo menos soberano poeta en todos los actos de su vida, y en aquel simpático y penetrante amor suyo a la naturaleza."

(10) He aquí los que cita el P. Palomes, *Storia di S. Francesco d'Assisi*.—S. Bernardino de Sena, *Sermones*. El P. de la Haye, *Op. S. Francisci*.—Wadingo, *Annales*.—Crescimbeni, *Storia della vulgare poesia*.—Quadrio, *Storia e ragionamento d'ogni poesia*.—Tiraboschi, *Storia*

della letteratura italiana.—Cantú, *Nuove fonti e schiarimenti al vol. XI: Primordi della lingua italiana*.—Göerres, *S. François d'Assisi, troubadour*.—Vogt, *Der heilige Franciscus von Assisi*.—Chavin de Malán, *Histoire de St. François d'Assise*.—Ozanam, *Les poètes franciscains et les sources de la Divine Comédie*.—A los cuales añado: Pánfilo de Magliano, *Storia di S. Francesco e dei Francescani*.—Castelar, *San Francisco y su convento en Asís*.—Francesco Paoli, *I cantici di S. Francesco, illustrati*; y para contrapeso de alguna de estas autoridades que pudiese por cualquier motivo ser recusada, agregaré la más valedera y firme, Tomás de Celano, testigo ocular, que cuenta el nacimiento del himno de *Frate Sole*, y no en son apoloético, sino con la sencillez del que refiere un suceso que presenció y no imagina que nadie pueda poner en duda. Dice así: *Paucos dies, qui usque ad transitum ejus restabant, expendit in laudem, socios valde dilectos secum Christum laudare instituens: invitabat creaturas ad laudem Dei, et per verba quadam, quæ olim composuerat, ipsam cunctis terribilem et exosam hortabatur ad laudem*. (*Vita*, II, página 270.)—El pasaje, corroborado a mayor abundamiento y explicado por otros inequívocos, es terminante: poco antes de su última enfermedad había compuesto San Francisco ciertas loas cantables en que "convidaba a las criaturas a alabar a Dios, y las exhortaba al amor divino, persuadiendo hasta a la misma terrible y odiosa muerte a que tributase loores."

De las *Fioretti di S. Francesco* entresacamos algún párrafo, que en sustancia conforma con el relato de Tomás de Celano. "Estando el Padre Seráfico, pocos días antes de su muerte, enfermo en Asís, frecuentemente cantaba loores de Cristo; por lo cual, algunos de sus compañeros más sencillos, que del todo no comprendían el espíritu del Santo, temieron no se escandalizasen los vecinos, que teniendo gran fe en él y reputándole santo, podían figurarse que debiera pensar en la muerte, y antes llorar que cantar. Entonces el Padre respondió:—Dios me ha revelado que de ahora en breves días se concluiría mi vida, y al revelármelo me prometió la remisión de todos mis pecados y el goce del paraíso; y si antes lloré mi muerte y mis culpas, ahora estoy lleno de júbilo